

yeran? «La mala doctrina, continúa el mismo Santo, es como la lepra del alma.» Empero, ¿para qué seguir aduciendo textos bíblicos y autoridades de Santos Padres en apoyo de la verdad que nos ocupa, cuando el inmortal Pontífice Pío IX, de eterna recordación, una y otra vez levantó su voz para condenar á esos eternos enemigos de Cristo y de su Iglesia, y á esos pérfidos calumniadores de sus ministros y acérrimos propagandistas de la inmoralidad y del error? Y no se nos diga que estas prohibiciones impiden el progreso de las letras y ciencias y mantienen la ignorancia; por el contrario, las prestan un gran servicio, puesto que ninguna ventaja pueden ellas sacar del error ni de las malas costumbres. Un día, el gran Pontífice reinante animando á unos peregrinos franceses á continuar con valor y confianza en la prosecución de las obras de regeneración social y con singular preferencia en la grande obra de la educación religiosa de la infancia y de la juventud, les dijo estas textuales palabras: «este es, en efecto, el punto de partida de todo progreso y toda civilización y la única fuente de verdadera felicidad para los pueblos. Preparar, de este modo, en vuestra patria, generaciones cristianas y sumisas á la voz de Dios y de su Iglesia, formar héroes dispuestos á sacrificarlo todo á trueque de cumplir con su deber, hé ahí, amados hijos, un objeto digno de excitar vuestra generosa y santa emulación.»

No desoigamos, pues, la voz infalible del Vicario de Jesucristo. Ocupe cada cual su puesto de honor y cumplamos todos la promesa que hicimos al renunciar á las pompas de Satanás, en las aguas bautismales, y trabajemos á medida de nuestras fuerzas por desterrar el mal y fomentar el bien. Marchemos unidos y compactos los católicos, pues en la unión está la fuerza, y á la enseñanza laica opongamos la enseñanza y la educación católica cristiana, á la propaganda impía la propaganda religiosa, á la hoja volante descarada la hoja edificante, á los libros malos y peligrosos los buenos y santos, útiles y provechosos, á los lascivos é impúdicos los honestos y de virtud; rechacemos con libros y periódicos los ataques de los periódicos y libros; combatamos á la mentira con la verdad y ahogemos, como decía el sabio Balmes, la abundancia